

*Exaltacion a la Semana Santa
de Escacena*

Sabado de Pasión

22 de Marzo de 1.997

Antonio Vázquez Miranda

Me llamó, en aquella tarde en la que la Primavera de nuestra Escacena, parecía saltarse de nuevo, como cada año, los días del calendario, el requerimiento de mi hermandad para llevar a cabo la exaltación de nuestra Semana Santa. Me llamó la brisa de esa Primavera nueva llena de aromas, de fragancias evocadoras que hacían extraviar el pensamiento por entre los derroteros del sentimiento cofrade. Me llamó, sin más, sin protocolo alguno, sin palabras rebuscadas ni citación remilgada. La orden fué concisa, enorme y claramente concisa; " Tienes que ir y exaltar nuestra Semana Santa". Me llamó mi hermandad para hablaros de nuestra Semana Santa, y aquí estoy, porque ha tenido que ser así. Porque, ante la llamada de mi Hermano Mayor y de mi Secretario, en ese querido comercio, que hace las veces de secretaria inquieta, no pude frenar mis ansias por expresarme, por contaros lo que siento. Y mis manos, impetuosas y al mismo tiempo, obedientes con la misión encomendada, se lanzaron a plasmar lo que el corazón les dictara, lleno de recuerdos, de vivencias, de sentimiento, en aquella tarde de la adelantada Primavera de nuestra Escacena. Y fué así, sencillamente, porque mi ser se lleno de una necesidad irrefenable de haceros partícipes de mis sentimientos, hoy quiero exaltar nuestra Semana Santa, y hacerlo es enaltecer la Entrega del Hijo de Dios por nosotros. Y porque Su entrega se hizo con Humildad, también la llamada para aclamarle ha de ser sencilla. Sencilla y al mismo tiempo arrebatadora.

Di, por tanto, rienda suelta a mis torpes cualidades literarias y envuelto por entre el olor penetrante del aroma del incienso y dejando que las bocanadas de los sonos de una marcha llegasen hasta mi, visualizando mentalmente esa explosión sensitiva que supone el ver a Cristo y su Bendita Madre, representados en nuestras calles, con el duende de la magia andaluza, comencé a plasmar mi sentir cofradiero. He aquí la obra, mi humilde aportación para que, en esta noche de la víspera anhelada de un nuevo Domingo de Ramos, la Semana Santa de Escacena sea Exaltada. Ese será mi deseo. Con esto y mis limitadas cualidades, quiero llevar al puerto de vuestros corazones la nave de mis sentimientos. Espero, al menos, no defraudar en el intento.

Para hablaros de Escacena
aquí arriba me han subido
para contaros la Pasión
de Jesús, el Divino,
Aquel, que su vida entregó
Aquel que nos mostró el camino
muriendo por nosotros
por cumplir su destino.

Para hablaros de Escacena
 una tarde me buscaron
 el pulso se aceleró
 me temblaron las manos
 y con mi fuerzas yo lucho
 por ser poco el segador
 por ser grande la tierra,
 y ser el trigo mucho.
 Para hablaros de Escacena
 una tarde me llamaron
 Pero Jesus me ayudo
 llevándome de Su mano
 y aquí tenéis, ofrecido
 mi humilde trabajo
 Voy ha hablaros de Escacena
 escuchadme, hermanos.

Sr. Cura Párroco.

Junta de Gobierno de la Hermandad de Nuestro Padre Jesús Nazareno, Virgen María del Monte Carmelo, Dulce Nombre de Jesús, y María Santísima de los Dolores.

Hermandad del Santísimo Cristo de la Vera+Cruz y Nuestra Señora de la Soledad.

Hermandad del Santo Entierro de Nuestro Señor Jesucristo y Soledad de María Santísima.

Escaceneros que escucháis mis palabras aquí, o lo haréis utilizando los modernos medios de la comunicación.

Compañeros de Radio Luna.

Cofrades anónimos de nuestra Semana Santa.

Hermanos y amigos todos.

Por obra y gracia del Señor, en esta noche del Sábado de Pasión, a las puertas mismas de una nueva Semana Santa, y cuando todo está dispuesto para que Escacena reviva, como lo viene haciendo desde siglos atrás, las últimas horas de la vida de Jesús el Nazareno, colmadas por la Pasión cruenta e injusta que le dieron los hombres, mi Hermandad ha querido que sea yo, quien, desde este atril, os haga llegar el anuncio de que, una vez más, nos llega, cargada con recuerdos, con nostalgia, con ilusiones, con esperanza, una nueva Semana Mayor.

Tomando, como difícil, empresa de tal tamaño, por saber yo lo grande de estos días para nuestra villa y conocer ustedes mis limitaciones, he querido plasmar en las líneas que se sucedan, la impronta que tengo grabada en mis sentimientos cofrades. No es fácil la tarea, pero aquí os la entrego ilusionado.

La Semana Santa de Escacena. ¡Que grandeza la de poder hablaros de una celebración, que traspasa los muros del templo y saldrá a las calles para proclamar Evangelio!. No se hace fácil el llegar hasta el sentimiento de cada uno al hablar de Semana Santa en Escacena, porque cada uno tendrá sus propios recuerdos, sus propias vivencias. Todos los que, en esta noche, estáis aquí, tendréis vuestro concepto único y singular de estos días que se nos avecinan. Porque durante toda una vida, el cofrade, va componiendo una melodía de sentires, que le hará tener su visión propia y sentida de esos días. Serán, tantas Semanas Santas las que se exalten hoy, como cofrades escuchen.

Pero, vayamos al principio. Y el principio de todo es, sin lugar a dudas, la creación misma de las hermandades.

La Hermandades de penitencia, tuvieron su origen en el deseo de la Iglesia de proclamar, por calles y plazas, los misterios de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo y las Penas de Nuestra Bendita Madre. En nuestra Escacena, esa Iglesia estuvo encarnada en la labor de los frailes que habitaban, en los siglos XVI y XVII, los conventos existentes en nuestro pueblo. Que sapiencia la de aquellos Carmelitas y Franciscanos, que supieron imprimir, ligándolo a nuestra existencia misma, la devoción a unas Imágenes para adentrarnos, por medio de Ellas, en los misterios de las últimas horas de la vida de Jesús el Nazareno. Y así comenzó todo, porque el pueblo sencillo, vio en esas Imágenes, un camino sensitivo para llegar a Dios. Y porque el pueblo es sabio, porque el hombre sencillo y humilde, que se entrega al Señor, sabe teología sin saberlo, porque nuestros mayores vieron en las hermandades el acercamiento más humano, más palpable, a Jesucristo, dejaron su huella de hombres de bien y nos legaron la herencia más hermosa que podamos tener los cofrades de Escacena, nuestra Semana Santa.

Y así fué. Con el celo de los hombres religiosos y con la sabiduría popular del hombre sencillo. Esa fue la alquimia que hizo posible el nacimiento de nuestras hermandades. Somos, por tanto, los herederos de un legado que nos transmitieron las generaciones de tantos y tantos escaceneros que vieron, en las hermandades, ese acercamiento a Dios, al que los más doctos llegan por medio de la lectura y meditación de los libros sagrados y que el pueblo, sencillo por humilde y humilde por sencillo, alcanza a través de las Imágenes.

Benditas Imágenes de Escacena, que habéis acercado a tantos y tantos escaceneros a vuestras plantas, para desde ese atril hermoso que crearan las manos del hombre, subir, con los rezos, con la angustia, con el sufrimiento, con la esperanza, con la alegría, hasta las plantas de Dios Padre.

Y así, con el transcurrir de las generaciones, las Hermandades llegaron hasta nuestros días para seguir rindiendo culto a nuestras Imágenes. Para llevar impresas esa carga de fervores que les hicieron fundarse y que les harían, con el paso de los años, el renacer cuando por los embites de la historia, parecían haber desaparecido.

Da que pensar, el que después de tantos años, después de tantos siglos, nos venga, en otra florecida Primavera, la salida de nuestras hermandades, la cofradía de esas Imágenes a las que el pueblo reza, llora, cuenta sus penas. Es, en la modernidad de los tiempos que corren, una clara llamada para acercarnos, por medio de los misterios que se representan, hasta el regazo mismo de Dios. Y todo, igual que hace cientos de años; Cristo caminando por las calles de Escacena, crucificado por nosotros los hombres y muerto por los intereses que mueve la codicia, el orgullo, el odio... todo sigue igual, porque aun seguimos cargando a Jesús con nuestra Cruz, aún lo seguimos clavando en Ella y aún seguimos dando muerte a Su palabra, cuando nos conviene. Pero las Hermandades salen cada año, para mostrarnos que Jesús sigue empeñado en cargar con el Santo Madero, en Morir en El, para revelarnos la grandiosidad de Su mensaje en la amanecida de cada Domingo de Resurrección. Cristo se nos revela, en cada estación de Penitencia, al igual que lo hiciera a nuestros antepasados. Y el mensaje es el mismo, no cambian, con los tiempos, las palabras del Señor. "Amaos los unos a los otros como yo os he amado, en esto conocerán que sois Hijos de Dios."

Y saldrán, como cascada luminosa de sentires, en otra nueva Semana Santa escacenera, nuestras hermandades por las calles de un pueblo que espera el paso de Jesús de Nazaret, al que verán cargado con la inmensidad del peso del Santo Madero, y lo verán pasar clavado en la Vera+Cruz de los que nos llamamos seguidores de Cristo, y lo podremos observar cuando, entre cristales y sedas, ese León de Juda va muerto, entregado por nosotros.

Cuantos años saliendo, Señor,
a mis calles
Cuantos surcos abiertos,
con tus pasos
Cuantas promesas hechas
Tu lo sabes.
Cuanto peso te soporta
la espalda
Cuanto llanto tu pueblo
al mirarte
Cuanto tiempo clavado
del madero
Cuanta sangre derrama
tu costado
Cuanto junco roto
tu cuerpo
Cuanto silencio llevan
tus labios
Cuanto sueño en tus ojos
apagados.

Y vendrá, entre terciopelos y plata, escoltada por el fanal de cera de su candelera o por la luz cimbreante que emanan los guardabrisas de los candelabros, María Santísima. Aquella que el mismo Jesús proclamara, desde el árbol de la Cruz, Madre de todos. Madre Universal, María trae Dolores por las calles de Escacena, y la Soledad le hará sentir Angustias cuando camine tras de su Hijo Crucificado, y al pie del Santo Madero, su mirada se elevará, para conversar con el Padre y pedirle consuelo y esperanza y Vida y Salvación.

Cuantas salidas, Madre,
por Escacena
Cuantas lágrimas, Madre,
de Madrugada
Cuanta luminosidad, Madre,
tu alborada,
Cuanta tristeza, Madre
por Tus penas

Cuantas mecidas, Madre
tus costaleros
Cuantas bambalinas, Madre
a Ti te miran
Cuantas gentes, Madre
te suspiran
Cuantas manos, Madre,
en tu costero.

Y cuanta tristeza, Madre
que te hiere
Y cuanta cera, Madre
ya quemada
Y cuantas miradas, Madre
que te llaman
Y cuanta Escacena, Madre
que te quiere.

Por eso, Madre, cada Semana Santa, el pueblo te espera, por sus calles, para dejarse atrapar por la aureola de luces y aromas que arrastras a tu paso, y las miradas te buscan, y te encuentran, y te rezan y te piden consuelo...

*Por saber de tus sufrimientos
a tu encuentro yo he venido
y me hallé con el consuelo
de que Tu, a buscarme habías salido.*

Veremos, por tanto, pasar por nuestras calles, a Jesús el Nazareno y a Su Bendita Madre, María. Él, cargado, cual reo malhechor, con el instrumento que serviría para su muerte, Ella, atravesado su corazón por siete puñales de dolor, Él, colgado del santo Árbol de la Cruz, cual fruto entregado por la madurez de Su palabra, Ella, llorando en la noche escacenera por la suerte del Hijo muerto. Él, llevado por sus costaleros, yaciendo entre el silencio de su paso, camino del huerto de José, Ella, suplicando desde el pie de la Cruz, a Dios Padre, por el fruto de su vientre, Aquel al que su prima Isabel proclamara Bendito, pero que tan apagado duerme en la noche de Escacena.

Y retomaremos, en otro año más, ese divino legado que nuestros antepasados forjaron con su amor por el transcurrir de los siglos. Es la esencia de la Fé más popular, la Fé que atrae a los que perdidos andan por los caminos extraviados, que no hacen sino ocultar el mensaje del Señor. Es, hermanos, la Fé de todo un pueblo, que sabe llegar por medio de las Imágenes al Padre, Bendita Fé, que no precisa más de la contemplación para adentrarse en los misterios de las últimas y tremendas horas del Hijo de Dios.

Con esta Fé tan nuestra, movidos por el nombre del Padre, y cobijados con la mirada de La Virgen, los cofrades, pondremos en escena la Pasión de Cristo a nuestra manera y usanza, vistiendo los pasos para que sean dignos altares que acojan tan Divina presencia. Y todo, desde la Cruz de Guía o el repuje de los faroles que la escoltan, hasta el ultimo guardabrisa del paso de la Virgen, será dispuesto para rendir culto a las Imágenes, y desde el templo mismo, y desde la calle después, y con sonos de música, y con el silencio que engrandece, y con todos nuestros sentidos, todo, se dispondrá para alabar al Señor, como se nos recuerda en el Libro de los Salmos:

Alabad al Señor en su santuario,
 alabadlo en su augusto firmamento
 Alabadlo por sus grandiosas obras,
 alabadlo por su inmensa majestad:
 Alabadlo al son de trompeta
 alabadlo con salterio y citara,
 Alabadlo con tímpano y danza,
 alabadlo con cuerdas y órganos:
 Alabadlo con címbalos sonoros,
 alabadlo con címbalo fragoroso:
 ;Todo lo que respira alabe al Señor!
 Alabad al Señor.

Salmo 150

Y en Escacena, la fuerza de nuestra devoción nos pide:
 Hermanos, desde nuestra Fe, desde el fondo del corazón, desde
 nuestras calles, desde el templo, desde el anonimato del antifaz,
 desde la seriedad del llamador, desde la dureza de la
 trabajadera, ¡alabad al Señor!; alabad al Señor!.

Mañana es Domingo de Ramos. Como pasa el tiempo, otra
 nueva Semana Santa. Y el cofrade la espera, para ser llenado con
 la meditación que se impone al ver nuestras Imágenes. Aunque hay
 ocasiones en las que no es necesario que sea Semana Santa para
 poder sentir, por medio de las imágenes, ese acercamiento a
 Jesucristo. Durante el año también pueden sucederse otros
 "encuentros", otras vivencias, para acercarnos al Señor y a
 nosotros mismos.

Allí estaba, tan solo, tan abandonado, tan olvidado... y
 yo sin hacer nada. No recuerdo si el Otoño había comenzado o si
 aun la poca luz que caía aquella tarde era hija del solsticio
 estival. Lo cierto es que, cronologicamente, me encontraba en el
 paso de una estación a otra, cuando ya el Verano pierde su
 reinado y el Otoño se asoma, tímidamente, a nuestras calles. en
 uno de esos paseos sin rumbo, que tanto serenan, discurría la
 mente por los enrevesados términos de las divagaciones humanas
 sobre uno mismo cuando, vaya un casual, me percaté de que estaba
 frente a nuestra iglesia Parroquial, buen lugar, pensé, para en
 el hermosísimo silencio del templo, a media luz, encontrarse con
 uno mismo. Decidida la entrada y efectuada esta, el ritual
 ¿porque no llamarlo así?, que cada cual se crea desde pequeño al
 entrar en el recinto Sacro; reverencia al Sagrario y mirada a las
 capillas o reteblos donde posar la avidez del encuentro material
 con aquellas Imágenes que tanto nos ayudan a acercarnos un poco
 más al Señor. Y, he ahí la sorpresa, el fruncimiento del ceño y
 aluvión de pensamiento, consideraciones mas o menos reflexionadas
 y la conclusión de sentimiento de soledad, de Su Soledad.

Porque mis ojos se habían clavado en ese altar solemne donde se veneran los Titulares de la Hermandad de la Vera+Cruz y, Oh hueco inusual, atrevido, inquietante. Cristo estaba Solo. Allí, en medio de aquél retablo del que dicen tiene historia antigua de convento franciscano, entre las flores y la cera cuidadosamente dispuesta, Cristo estaba solo. Tanto como lo puede estar un hijo sin su Madre, porque aquel día, Nuestra Señora de la Soledad no estaba junto al Cristo de la Vera+Cruz. Y, aunque más tarde pude enterarme de que la Virgen estaba siendo sometida a un proceso de restauración, yo no pude dejar de pensar en la Soledad de Mi Cristo. Resulta que, ahora que únicamente su Imagen ocupaba el retablo, que no estaba ensalzado en su paso procesional, que tan tranquilo estaba el templo, me estaba dando cuenta lo solo que estaba Cristo en la Cruz.

Y pude comprender el silencio de Tu rostro, lo apagado de Tu cuerpo, la quietud de tus manos, dulces consoladoras para quien las tocó. ¿Que solo estaba Cristo!. Y no ya por la soledad material de estar pendiente del Santo Árbol, sino por esa otra soledad, que inundaría los sentimientos del Señor en el momento de su agonía y que, aun hoy , sigue evidenciando. La Soledad de verse abatido, sin fuerzas y olvidado, despreciado por los suyos. Vienen a la mente multitud de actuaciones en las que dejamos, otra vez, a Cristo solo, olvidado en la Cruz. Porque todavía nos cuesta trabajo entender que a Jesus no se le puede olvidar en la Cruz, no hay que abandonarle. ¿Que clase de Hijos, de hermanos somos se dejamos a Cristo clavado en la Cruz?. ¿Es que la humanidad entera a olvidado desenclavarle de tantas cruces que le forjamos?. ¿Es que estamos dejando a un lado nuestra misión de llevar consuelo al que llora, alegría al triste, esperanza al afligido, y hemos iniciado el camino de la comodidad, dejando atrás a tantos y tantos Cristos que necesitan de nosotros para bajar de la Cruz y vencer su Soledad?. ¿Puede que este mundo este ignorando Su Palabra?. Pero no podemos olvidarlo, NO, porque Cristo, que no está muerto, aun sigue hoy en las mentes de los vivos, aunque estos no quieran verlo tal y como es. No se puede huir de Su Verdad porque está en nosotros mismos, pero seguimos, en muchas ocasiones, dando la espalda a Su llamada, prefiriendo la anchura de lo sucedáneo y dejando, aparcado, el verdadero sentido de su mensaje. No podemos dejar a Cristo abandonado.

Que solo estabas Señor
pendiente de Aquel Madero
Que por salvar a los hombres
abrazaste sin miedo.
Que solo estabas Señor,
dime lo que hacer puedo
para llenar tu soledad
para bajarte del madero
para limpiar tus heridas
para darte consuelo
Que no quiero ser yo
el que te mire en silencio
y luego olvide Tu rostro
y Tu Sangre, y Tu Cuerpo.
Y vaya con hipocresía
gritándole a los vientos
lo que yo amo a Cristo,
al que deje en el madero
Yo no quiero Señor,
olvidarme yo no puedo
del hermano que humillo,
de la sed del sediento,
de no darle tu comida
al que de Ti veo hambriento.
Si yo pudiera Señor
terminar tus tormentos.
Ayuda a mi joven corazón
nunca le falte el aliento
a encontrar en la Cruz
a un Cristo contento
porque a desenclavarlo
mi alma ya está queriendo.

Pero volvamos a centrarnos en Mañana, porque mañana será el Domingo de las Luces y los cofrades verán llenas sus inquietudes, su espera, su a veces, impaciencia, por que llegue otra nueva Semana Santa.

La mañana del Domingo de Ramos es, sin lugar a dudas, para el cofrade, la más reluciente y esperada de todo el año. Mañana de ansias encontradas y de ilusiones cumplidas. Con cuanta satisfacción se oye decir, de un cofrade a otro, " ;Hoy es Domingo de Ramos!". Y es que este día encierra un sinfín de connotaciones que hacen de él, la puerta que abrirá una semana que se antoja mágica, sentida, llena de sabores a los que no todos llegan y que incluso no todos los que llegan, los paladean y calman sus ansias con ellos. Llegar al Domingo de Ramos comienza a colmar las esperanzas de todos los que, durante tantos días, han sabido esperar, pacientes y callados unos, intranquilos y algo más revoltosos otros, a que una mañana de Primavera, al volver la página del almanaque, el rojo del número entre hasta lo más hondo de las pupilas y dispare ya toda la carga de esencia cofrade que ha habido de irse aguantando a duras penas. Mañana, Domingo de Palmas, que traerá hermosos recuerdos a Escacena, cargados de olor a incienso y sonos de bambalinas, a clavel encendido y cirio abierto en luz, luz que ilumina la senda que tan clara parecemos ver ahora, pero que fácilmente volverá a borrarse de nuestros ojos, cuando todo haya pasado. Porque, pobre de nosotros, todo lo que podamos aprender en estos días, volveremos a hacerlo efímero, tanto, que terminara cuando el último costalero entre, cargando a María en trono de amores, con la cofradía del Santo Entierro. Pero tenemos que luchar para que esto no ocurra. Los cofrades, tenemos la misión, de llevar Evangelio durante todo el año y no tan solo durante el recorrido de nuestra Hermandad.

Pero, no adelantemos acontecimientos. Estábamos en la mañana luminosa del Domingo de Palmas, esa que, fiel a su cita, vendrá con los albores de la Primavera para iniciar los Días Santos, esa que traerá recuerdos de un ayer de pequeños nazarenos, semilla que germinó entre las flores de un jardín de amores, y que es esa Fé inculcada desde nuestro propio nacimiento, y que guiará nuestras vidas, paralela al conocimiento personal de la Palabra.

Fé, que llenaba aquellos Domingos de Ramos, hasta hace algunos años, en torno a la devoción del Dulce Nombre de Jesús, recorriendo las calles de Escacena con la alegría propia de sus pequeños nazarenos y las miradas de esos padres que supieron, un buen día, investir a sus hijos de la túnica nazarena, para que siempre perdurase en ellos la herencia de ser nazareno de Escacena.

Se perdió, como tantas otras tradiciones de mi Escacena, aquella mañana del Domingo de Ramos, pero quedará impresa, entre las nubes del recuerdo de nuestra historia, aquellos pequeños Nazarenos de la Cofradía del Dulce Nombre.

Pero, dejando atrás los recuerdos, es hora de vivir nuestra Semana Santa. Y para ello, nos adentraremos por entre sus días, para poder ver, la Pasión de Cristo y el Dolor de Su Madre, según Escacena.

Y veremos, en triste tarde, como Cristo ha entregado su vida en la Vera+Cruz del amor. Que fuerte, Señor tu Cruz, que fuerte, Señor, los clavos que te amarran, que fuerte, Señor las heridas de tu rostro, y la sangre de tu costado, y tu vida apagada y tus labios cerrados, y tu cuerpo inerte y tus manos atravesadas, Señor que fuerte es sentirte tan mío, tan cerca, que fuerte es Señor verte muerto, si tu Palabra es de vida, no mueras Señor, que Escacena necesita curarte las heridas y quitarte los clavos, y cerrar tu costado y hablar con tus labios y sentir tus manos, hoy Cristo de la Vera+Cruz, Tu no puedes morir, porque Escacena te llama, y te busca y quiere formar parte de Tu corazón. Hoy no mueras Señor porque Escacena se entrega por verte vivo en nuestras almas;

*Porque quiere ver de tus ojos la luz
hoy no mueras en mi Escacena
Cristo de La Vera+Cruz.*

Detrás de Cristo, viene abatida de sufrimientos, la Virgen de la Soledad. Que triste vienes, Madre mía, en la noche Santa, ¿donde tu sonrisa, donde tu alegría, donde tu dicha?, que triste tu tristeza, Madre mía. Soledad, que Angustias traes por mis calles, que perdidos tus ojos hermosos, que hondo es tu Dolor por ver tu Hijo muerto. Soledad, ¿quien podrá consolarte, quien?...

Pero Cristo habrá de cruzar, en otra ocasión, las calles de nuestro pueblo, en estos días, para mostrarnos nuevamente su entrega por nosotros, y se podrá ver, en las negruras de la noche, el pasar de la Cofradía del Santo Entierro, trayendo, entre la tenue luz de su paso, el cuerpo sin vida de Jesús, yacente, camino de la sepultura. Que honda pena da, Señor, el mirarte en esta noche de tinieblas, en la que tu cuerpo, entregado, llevan los pasos de los costaleros, con la seriedad y el silencio que impone el cortejo.

Cristo ha muerto. Su cuerpo ha sido vencido por la humillación, el odio, el miedo de tantos y tantos hombres hoy día. Porque, ahora que estamos en el pórtico de nuestra Semana Mayor, tenemos que recordar que todo el sufrimiento, todo el escarnio, todo el dolor que representaran nuestras Benditas Imágenes, lo estamos dando nosotros, al cabo de dos mil años, de nuevo a Jesús. Son dos milenios haciéndole pasar, día a día, por el Calvario que le forjamos y Tu, Señor sigues entregándote, y escuchando nuestras suplicas, y amándonos. Y sigues muriendo por nosotros. Y el pueblo que se sabe pecador, no puede más que rezarte con el eco de una saeta:

Que grande eres Padre Mío
 Que grande es ser de Ti,
 Que Grande es tener que cantarte
 y aunque Tu tengas que morir.

Pero no irá el cuerpo de Jesus yacente, solo en esta noche escacenera, sin la compañía de Su Madre. Bendita María, que en horas de tan profundo sufrimiento, quedas, al pie de la Cruz, rogando al Padre por Tu Hijo.

Nunca podré olvidar aquella tarde en la que, con la Junta de Gobierno de la Hermandad del Santo Entierro, entramos, en la sevillana calle Castellar, en el estudio del que habría de ser el autor de la Virgen de la Soledad, que vendría a restituir a aquella otra que desapareciera por siempre a principios de siglo. Cuanta quietud rodeaba aquella tarde aquel pequeño espacio del taller. Y, tras la charla, bastaron las miradas y un apretón de manos, al que días despues rubricarían las firmas, para que Juan Ventura, se pusiese manos a la obra, fueron muchos los días de impaciente espera, pero, una mañana, de esas en las que la Primavera se adelanta para entregarnos un apretón de luces y de aromas, todo lo di pagado con creces. Allí, presidiendo aquél altar que su Hermandad había preparado para Su solemne bendición, estaba, llorando su pena y al mismo tiempo, mas radiante que el sol mismo, Maria Soledad. Y mis ojos se posaron en los Suyos para ver el verde, que parecía reflejarse de los campos de Tejada, y las pupilas se humedecieron por ver figura tan bella. Y emocionado, yo le hablé, a mi manera, desde el corazón;

¿Donde estabas, Soledad?
 que hasta el mismo sueño, me había negado el verte,
 que los suspiros, Madre, se me iban al soñarte.
 Y aunque yo nunca, ay, pude a Ti conocerte,
 te soñaba tan Señora, tan Madre, tan guapa,
 que a imaginarte yo, no alcanzaba mi mente.
 Como sería tus Ojos, Tus manos, tu Mirada.
 ¿Como sabría de tu llanto, si no podía yo verte?.
 Y como atravesabas las calles,
 yendo en pos de Tu Hijo yacente.
 Bien sabes, que yo, todo me había preguntado,
 envidiaba tanto a esa buena gente,
 que conocerte pudieron un día,
 y yo no tuve tal suerte.
 Pero el milagro se hizo,
 y una mañana, de repente,
 el alba me anunciaba,
 que Tu estabas presente.

Corriendo fui a Tu encuentro,
corriendo, por conocerte
y cuando en Ti clavé mis ojos,
me pareció que el cielo era tu frente,
y Tus Ojos los luceros,
y Tus lágrimas, soles ardientes
que brillan en la noche,
y guían al creyente.
Y tus manos eran amores
y tu mirada, tan doliente
que, aunque nunca la conocí,
Aquella Soledad se me hizo presente
Y no alcancé a rezarte,
la sal a mis mejillas
asomó de repente
y resbaló por mi alma,
como gotas ardientes.
Mírala,
Por la calle, andando, va la Soledad,
no decirle la nueva, que no le gusta a su gente,
Que aunque llegada de nuevo,
y puedas ser de echura reciente,
a mi, Madre, me sabes a Aquella,
que conocerla no pude, mala suerte,
pero que una mañana bajó del cielo,
y se quedó aquí para siempre.

Y aun me queda, en esta noche de exaltaciones, el hablaros de mi hermandad. Y no es fácil, porque son muchos los recuerdos, muchos los sentimientos, y son pocas las palabras que tengo. Por eso, acompáñame, hermano, que juntos haremos el camino, tu pondrás la imaginación y yo pondré mis torpes palabras.

Pon, una Madrugada del Viernes Santo, con la noche acariciando mi pueblo.

Pon a la calle callada,
y la blanca cal en vela,
y a la brisa parada,
porque cada año espera,
ver la gracia derramada
por las calles de Escacena.

*Pon, a la gente apiñada,
osando a hora tan nueva,
mostrar a la Madrugada
sus ojos, que hoy son velas,
del que cierre su promesa,
caminando hacia el alba
blanca de la primavera.
Pon, que fecha tan soñada,
la Cruz de guía afuera,
y dos filas que, pausadas,
llenan con luces de cera
la noche, que enamorada,
se queda en Escacena,
a sentir emocionada
la magia de la escena.
Pon, en la piedra helada,
pies descalzos, en promesa,
de esa mujer que, callada,
sabe llevar siempre a cuesta
la Cruz a ella destinada,
pero que viene y siembra,
en esta noche ansiada
ruegos de una madre en pena.
Pon, en la noche estrellada,
regalo de Primavera,
caminar con su zancada
que hasta el alma te llega,
a Cristo, con su mirada
de Amor, de Fé, de entrega,
haciéndote esa llamada
que te recorre las venas.
Pon, en la sombra callada,
la fuerte luz verdadera,
de su vida ya entregada.
Más El, nunca quisiera
ver así su vida acabada,
y en Sus Ojos, fuente bella,
yo adivino la alborada
reluciente, siempre eterna
que es dulce vida esperada.
Pon, a Jesús, Fé verdadera,
Pon Ojos que todo lo llenan,
Pon el Amor que el derrama,
Pon un Viernes Santo, Luz serena,
Pon, en ti, clavada Su mirada,
Porque pasa, Pasa, Jesús de Escacena.*

*Pon, blanca senda enfilada,
de capirotos que sueñan,
y que vuelven su mirada
por ver, en la noche fresca,
el dolor, que traspasada,
trae a una Madre buena.
Transida va y apenada,
Manos, que tocarle sueñan.
Pon, ansia iluminada,
el sueño que espera
ver, en la alborada
a la Virgen, que con pena,
pregunta desconsolada,
entre la brisa nueva,
¿Donde vas, Mi Vida Amada?
¿Donde los hombres te llevan?
Pon, entre plata labrada,
Ojos, que la noche llenan
Manos dulces, cansadas
lágrimas, las que se llevan
del alma glorificada
Su vida, que se entrega
por ser también clavada
de una Cruz de penas.
Pon, alba desalentada,
corazón que se quema,
de Dolores, traspasada
el alma, tan ingenua,
que busca en la mañana
blanca de Primavera,
la fuente desbordada
por Amor y por entrega.*

Termino, con el sabor de la sal, que baña mi rostro, en la ilusionada víspera de la Mañana del Domingo de Ramos, con el atrevimiento de pedirnos que, en esta Semana Nuestra, cuando pasen por nosotros nuestras Benditas Imágenes, pongamos todos nuestros sentidos para meditar y engrandecer nuestro corazón cristiano con su mensaje:

Y pasará por nosotros la brisa evocadora de la Semana Santa, y a las puertas del alma, se asomará Cristo y María a preguntar por nosotros.